

detiéndoles el muro de recinto que estaba atrincherado y armado. No bien llegaron á la explanada que separa los arrabales de la ciudad, empezó á vomitar metralla la artillería de las fortificaciones, de cuyas resultas fueron algunos de los nuestros heridos, y entre ellos el general Tharreau. Fué la plaza embestida por todos los puntos á la vez, enviéronse intimaciones á sus defensores, y su respuesta fué una granizada de balas, que sólo hizo destrozos en las elegantes viviendas de los arrabales.

Viendo entretanto Napoleón que no podría acabar su empresa en un día solo, ni aun arriesgando un asalto repentino, resolvió establecerse en Schönbrunn y esperar allí la llegada del grueso del ejército. Nombró gobernador de Viena al general Andreossy, que había sido su embajador en Austria y que conocía la capital tanto cuanto era conocido en ella. Quería significar Napoleón con esto que no era su intención usar de medios de rigor, puesto que en este caso no habría ido á escoger á un hombre que había vivido tantos años en la sociedad vienesa; y agregó á este nombramiento una proclama tranquilizadora, recordando el excelente comportamiento del ejército francés en 1805 y prometiendo igual conducta si los austriacos se hacían dignos de ella por su modo de recibir á los franceses.

Trasladóse inmediatamente el general Andreossy á los arrabales, organizó en cada uno de ellos un cuerpo municipal compuesto de los principales vecinos, formó una guardia urbana encargada de la conservación del orden y procuró establecer comunicaciones con la ciudad antigua con objeto de poner término á una defensa que no podía ser desastrosa sino para los mismos vieneses. El fuego había continuado y causado varios destrozos, por lo cual una diputación de los arrabales propuso pasar á ver al archiduque Maximiliano para reclamar que cesase aquella imprudente resistencia. Pero antes de dar este paso, fué la misma diputación á avistarse con Napoleón y oír de su propia boca las expresiones pacíficas que convenía propagar entre los habitantes de la ciudad fortificada. Hecho esto, pasaron los comisionados á lo interior de Viena en la mañana del 11 de mayo. La respuesta que obtuvo esta conciliadora misión fué renovar el enemigo el cañoneo. Entonces, no pudiendo ya contenerse Napoleón, mandó acometer la plaza á sangre y fuego, procurando, no obstante, hacer el menor daño posible á los arrabales con la lucha que entre éstos y la antigua ciudad iba á trabarse.

Habían llegado nuestras tropas al arrabal de María-Hilf por Sieghardskirchén y Schönbrunn, pero eligió Napoleón otro punto de ataque. Dió la vuelta á la plaza á caballo con Messena por el Mediodía, dirigiéndose hacia Oriente al punto en que baña su recinto el Danubio. Un brazo secundario de este río la ciñe por aquel lado, suministrando aguas á sus fosos y separándola del famoso paseo del Práter. Podían allí establecerse baterías que, abrumando á la ciudad fortificada, no atrajesen los fuegos del enemigo sino sobre edificios muy separados entre sí y sobre los islotes del río. Además, salvando el mencionado brazo del Danubio, se tomaba el Práter, y subiendo un tanto hacia el Nordeste se cortaba toda comunicación entre Viena y el gran puente del Thabor, que da paso á la orilla izquierda. De este modo quedaba la ciudad privada de todo auxilio exterior; quitábasele al archiduque Carlos la posibi-

lidad de entrar en ella, y hacíase por último á sus defensores desistir de encerrarse allí, puesto que iban á caer prisioneros todos sin que escapase uno. Menos que ninguno podía resignarse á permanecer en Viena el archiduque Maximiliano, porque estaba seguro de que en el término de cuarenta y ocho horas caería en nuestras manos.

Mandó Napoleón inmediatamente que los que supieran nadar de la división de Boudet se echasen al brazo del Danubio que se trataba de pasar y fuesen á buscar á la orilla izquierda algunas barcas. Hiciéronlo así conducidos por un valiente edecán del general Boudet, llamado Sigaldi, que fué uno de los primeros que se arrojaron al agua, y condujeron las barcas bajo los fuegos de las avanzadas enemigas, facilitando de este modo á dos compañías enteras de cazadores el paso á la otra orilla. Apoderáronse del pequeño pabellón de Lusthaus, situado en el Práter, del cual podían servirse como de un punto atrincherado; desalojaron á los granaderos austriacos que le ocupaban, y estableciéronse de modo que aquel pabellón vino á ser la cabeza del puente que inmediatamente se construyó con barcas traídas de las cercanías. Al mismo tiempo hizo Napoleón situar en batería en la orilla que teníamos ocupada quince bocas de fuego, que batían la orilla opuesta y cogían de través la alameda que conducía al Lusthaus. De esta manera podíamos socorrer á las dos compañías de cazadores, mientras quedaba el puente construido en disposición de dar paso á fuerzas más numerosas que fueran á reforzarlas. Construyóse también y simultáneamente una batería de veinte obuses á la extremidad del arrabal de Landstrass, cerca del brazo que acababa de atravesarse.

A las nueve de la noche, después de una nueva intimación y mientras continuaban las obras para el tránsito, rompimos contra la ciudad fortificada un fuego devastador. En pocas horas llovieron sobre la malhadada Viena mil ochocientos proyectiles huecos, y como allí las calles son angostas, las casas muy altas, y la población vive apiñada, como en todos los recintos fortificados donde falta espacio, muy pronto se declaró por todas partes el incendio. La plebe vociferaba por las calles, la gente acomodada y pacífica, vacilante entre dos temores, el del yugo extranjero y el del populacho enfurecido, no sabía qué desear. Llegó en esto al estado mayor de la plaza la noticia del comenzado paso del brazo chico del Danubio: era menester á toda costa contrastar aquella tentativa, cuyo buen éxito frustraba todo socorro y ponía á merced de los franceses á todos los defensores de Viena, y con este objeto se dirigieron durante la noche dos batallones de granaderos al pabellón Lusthaus para quitar este punto de apoyo al puente que teníamos preparado. Pero los cazadores de Boudet se mantenían alerta: apostados en el pabellón y guarecidos con talas, esperaron serenos á los dos batallones y los recibieron con descargas mortíferas á quemarropa. Al mismo tiempo la artillería, situada en la orilla que ocupábamos nosotros, rompió contra el flanco de los dos batallones un fuego de metralla que los puso en derrota; con lo cual cejaron hacia lo alto del Práter.

Con esto podíamos ya con toda seguridad pasar el río y estrechar el sitio de Viena. Aterrado el archiduque Maximiliano con la perspectiva de caer prisionero, salió en la mañana del 12 de aquella capital tan torpemente

comprometida, llevándose la parte mejor de la guarnición y dejando solo al general O'Reilly, encargado de substituirle, un amasijo de malas tropas y gente del pueblo al cual imprudentemente se habían dado armas. Después de pasar el Danubio, destruyó el puente del Thabor. No podía el general O'Reilly seguir otra línea de conducta que capitular, si no quería que fuese la ciudad entregada á las llamas inútilmente, por lo cual en la mañana del 12 pidió la suspensión del fuego, que le fué otorgada, y firmó la rendición, estipulando para los habitantes y sus propiedades un respeto que Napoleón se preció de hacer observar con el mayor escrúpulo, y que de todos modos se hubiera observado aun cuando la ciudad no lo hubiese puesto por condición. Convínose en que al día siguiente, 13 de mayo, entrarían los franceses en Viena: así se verificó entre la sumisión general y las últimas explosiones de ira de un pueblo que se había vanamente soliviado, sin proporcionarles verdaderos medios de utilizar su patriotismo.

Así, en treinta y seis días, Napoleón, sorprendido por repentinas hostilidades, de la primer cuchillada de su espada formidable cortó en dos la masa de los ejércitos austriacos en Ratisbona, y de una estocada derribó las puertas de Viena. Véase ahora dentro de la capital y dueño de los principales recursos de aquella monarquía. Pero no por esto se podía decir que todo había concluído en Austria ni en Alemania, pues aún tenía que desplegar mucho vigor y mucho genio para aniquilar á los enemigos de todo género que se había suscitado. Ciertamente los archiduques no podían ya presentarle al frente de ciento cuarenta mil hombres una batalla defensiva á las puertas de Viena, y que el haber impedido una concentración de fuerzas semejante con un punto de apoyo como aquél era un resultado de mucha importancia; pero faltaba vencer una dificultad grande y decisiva: una de las más grandes con que se puede tropezar en la guerra, cual era la de atravesar un río caudaloso y anchísimo en presencia del enemigo y dar una batalla teniendo á la espalda. No había podido Napoleón precaver esta dificultad, sino que era resultado forzoso de la naturaleza de las cosas. En efecto, al salir de Ratisbona había tenido que tomar el camino más corto, el que tenía á los archiduques separados unos de otros y le aproximaba al príncipe Eugenio por si ocurrían en Italia nuevos desastres. Por consiguiente, había tenido que seguir la orilla derecha del Danubio abandonando la izquierda á los austriacos, aunque quitándoles, para tenerlos él á su disposición, los medios de pasar de una á otra orilla. Dueño ahora de Viena, tomando por el río abajo iba á tener enfrente al archiduque Carlos reforzado con las reliquias del general Hiller y del archiduque Luis; pero debilitado por la necesidad de dejar fuerzas á sus espaldas, pudiendo, sin embargo, presentar en línea cien mil hombres cuando se atravesara el Danubio para ir á embestirle. Los austriacos en 1805, después de los acontecimientos de Ulm, sólo habían llevado reliquias á Viena, teniendo el grande ejército ruso en Olmutz: natural era por lo tanto que se alejasen y fuesen á cuarenta leguas de la capital á reunirse con el ejército ruso para probar fortuna de nuevo en Austerlitz; pero ahora, con el grueso de sus fuerzas delante de Viena, sin tener que esperar recurso alguno lejos de allí, no podían hacer más que poner á Napoleón en el caso de

tener que infringir las reglas de la guerra, reduciéndole á pasar el Danubio á su presencia y á arriesgar la batalla con el río á la espalda. No era ya en Austerlitz, sino allí, enfrente de Viena, entre Essling, Aspern y Wagram, nombres eternamente célebres, donde iban á decidirse los destinos de una de las guerras más épicas de los tiempos modernos. Más adelante veremos todo lo que hizo Napoleón por evitar las dificultades de esta operación gigantesca, dado que las reglas que tenía que infringir habían sido establecidas en épocas en que había sido menester atravesar ríos de ciento y ciento cincuenta toesas con ejércitos de treinta á cuarenta mil hombres, y ahora se trataba nada menos que de cruzar una corriente de quinientas toesas con varios ejércitos de ciento cincuenta mil hombres cada uno y de quinientas á seiscientas bocas de fuego, en presencia de otros ejércitos no inferiores en número que los estaban esperando para precipitarlos al abismo. Pero el genio que había sabido dominar los Alpes, sabría también dominar el Danubio por más ancha é impetuosa que fuese su corriente. Sin embargo, antes de pensar en esta operación tenía muchas precauciones preliminares que tomar y no menos urgentes que el ir á exterminar á su enemigo á la otra orilla del Danubio.

En primer lugar había que establecerse sólidamente en Viena, de modo que pudieran aprovecharse los grandes recursos de esta capital, sin zozobras en cuanto á las comunicaciones, facilitando principalmente la anexión del príncipe Eugenio, é impidiendo al archiduque Juan incorporarse con el archiduque Carlos. Convenía en efecto, encontrándose los dos ejércitos beligerantes de Italia atraídos á Viena por el impulso que se había comunicado á las operaciones, proporcionar á Napoleón la anexión del uno quitando al archiduque Carlos la del otro. Este difícil problema fué, como se dirá, resuelto después de varias alternativas cuya sangrienta serie exponeremos en breve.

Había entrado Napoleón en Viena con las tropas de los generales Saint-Hilaire, Demont y Oudinot, mandadas por Lannes; las cuatro divisiones de Boudet, Carra Saint-Cyr, Molitor y Legrand, mandadas por Massena, y la guardia con la reserva de caballería. Precisado á hacer frente al enemigo, ya fuese delante de Viena en el momento de tener que pasar el Danubio, ó bien por más arriba, como por ejemplo, en Krems, si asomaba por allí el archiduque haciendo una tentativa contra nuestra espalda, dispuso el cuerpo del mariscal Davout de manera que pudiese en una sola jornada ponerse todo entero sobre Krems ó sobre Viena. A este fin le asignó por cuartel general á Saint-Polten, haciendo que una división estuviese diseminada entre Mautern y Molk y que las otras dos se reconcentrasen en el mismo Saint-Polten. De este modo los treinta mil hombres del mariscal Davout podían asimismo, llegando á la capital en una jornada, hacer subir el ejército principal á noventa mil hombres por lo menos, fuerza suficiente para dar al archiduque Carlos una batalla decisiva al otro lado del Danubio.

Era posible no obstante que el peligro se presentase más lejos hacia la espalda, es decir, hacia Lintz ó hacia Passau. Aunque no era de presumir que se dirigiese allí el archiduque Carlos, por causa de la mucha distancia, dejó Napoleón en Lintz al general Vandamme con diez



mil wurtembergueses, encargándole que restableciese el puente de la ciudad, alzase cabezas de puente y verificase continuas exploraciones por la Bohemia. Situó además en el importantísimo punto de Passau al mariscal Bernadotte, que acababa de llegar con los sajones. Este mariscal, aunque sublimado á la clase de príncipe de Ponte-Corvo por su parentesco con el emperador (puesto que había casado con una hermana de la reina de España), estaba descontento de su suerte, se creía como deprimido estando á la cabeza de los sajones, y los informes que daba de sus tropas eran notoriamente desfavorables é injustos, porque si bien no tenían el mérito de las tropas francesas y, lo que era todavía más sensible, estaban contagiadas de las opiniones que fermentaban ya entre los alemanes, no era sin embargo menos cierto que podían en batalla habérselas con ventaja con los austriacos y llenar su deber tan bien como los bávaros y los wurtembergueses. Con algunos franceses que los sostuvieran y dieran ejemplo, podían las tropas sajonas valer casi tanto como las nuestras. Para contentar al príncipe Bernadotte, cuyas quejas empezaban á serle importunas, repartió Napoleón en dos la división de Dupás, y dejando las tropas alemanas de los príncipes de segundo orden en Ratisbona bajo el general Rouyer, dirigió sobre Passau la brigada francesa que mandaba el mismo Dupás en persona. Tenía ya, pues, el mariscal Bernadotte cuatro mil franceses y quince ó diez y seis mil sajones, con lo que reunía un excelente cuerpo de cerca de veinte mil hombres. De este modo, con seis mil alemanes en Ratisbona, veinte mil sajones y franceses en Passau, diez mil wurtembergueses en Lintz y treinta mil franceses veteranos en Saint-Polten, estaba defendido Napoleón por sus espaldas de una manera infalible, conservando los medios de dar la batalla por su frente.

Por lo demás, no era su ánimo consagrar siempre todas esas tropas á la conservación de sus comunicaciones, y se proponía, así que los bávaros hubiesen sojuzgado el Tirol y los austriacos evacuado la Italia, llevar todavía más fuerzas al punto decisivo, es decir, á Viena. Por este motivo mandó hacer en Ratisbona, en Passau, en Lintz, en Molk y en la abadía de Gottweit, cerca de Mautern, fortificaciones inmensas, de tal naturaleza que pudiera una escasa fuerza con considerable artillería defenderse en ellas muchos días seguidos. En Ratisbona había poco que hacer, porque ya allí había un puente de piedra y bastaba fortificar la muralla que circuía la plaza; pero en Passau, que estaba situado en la confluencia del Danubio y del Inn, dispuso obras de mucha consideración, como principio de las que más adelante proyectaba hacer en Baviera, para que tuviese en aquel punto una plaza de primer orden contra el Austria. Decidió que se construyesen puentes en el Danubio y en el Inn, con cabeceras dobles en uno y otro río, con un campo atrincherado para ochenta mil hombres, con hornos para cocer cien mil raciones cada día, con una considerable provisión de granos y municiones, y con vastos hospitales. Este aumento de precauciones en torno de Passau tenía por objeto proporcionar, en caso de tener que hacer un movimiento retrógrado, un firme apoyo al ejército tras de las dos líneas del Danubio y del Inn, porque ese gran capitán, que en política incurria siempre en la imprudencia de no contar jamás con

la adversidad, siempre contaba con ella en la guerra y se fortalecía admirablemente contra sus golpes. En Lintz, que era otro desembocadero de la Bohemia, mandó asimismo construir un puente de dos cabeceras, hornos y hospitales y hacer provisión de víveres. En la suntuosa abadía de Molk, que, aunque no era paso para la Bohemia, dominaba ventajosamente el Danubio y contenía vastos edificios, mandó levantar de maderaje y tierra una pequeña plaza armada con diez y seis cañones y capaz de ser bien defendida por unos mil doscientos hombres. En ésta debía haber también un hospital para muchos miles de enfermos. Decidió se estableciese otro apostadero semejante en la abadía de Gottweit, enfrente de Krems, en una posición elevada, desde donde se descubriría todo cuanto ocurriese en el espacio de muchas leguas á una y otra orilla del Danubio. Por último, en el mismo Krems se mandó establecer un puente con las barcas recogidas en el río, también de dos cabeceras, de modo que pudiese interceptar el paso al enemigo, conservándole libre para nuestro propio servicio. Con este sistema de bien meditados precauciones tenía Napoleón todos los accesos del Danubio perfectamente custodiados para la ofensiva y la defensiva á un mismo tiempo, porque cortando el paso al enemigo le tenía para sí expedito, y de este modo le ponía en continuas zozobras. Además tenía, por si ocurría una retirada, una serie de escalones en un camino cubierto de trecho en trecho de almacenes y hospitales á los que podía enviar con anticipación los heridos y los enfermos. Tenía, por último, una serie de puertos para los convoyes y un conjunto de fortificaciones en la línea de comunicación, que podían defenderse con muy poca gente; lo cual permitía verificar en los días de grandes batallas una rápida concentración á vanguardia ó retaguardia. Todo esto sabe hacer un genio vigilante para asegurar las operaciones más difíciles y delicadas.

A las precauciones tomadas por la parte del río, esto es, hacia la izquierda, había que añadir otras en las montañas, es decir, á la derecha, contra la agitación que se propagaba desde el Tirol hasta la Estiria. Había ante todo encargado Napoleón al mariscal Lefebvre que sojuzgase el Tirol con veinticuatro mil bávaros, después de dejar seis mil en Munich. Terminada esta operación, los bávaros debían dirigirse á Passau y reemplazar allí á los sajones, los cuales podrían desde aquel momento restituirse á Viena. Por lo tocante á la Estiria, que tenía más cerca, había ya enviado Napoleón por Lilienfeld al general Bruyere con unos mil caballos al camino de Italia. Confió el encargo de observar este camino á su edecán Lauristón, dándole, además de los mil caballos del general Bruyere, dos ó tres mil infantes badenses, buenos soldados, que por la circunstancia de hablar el idioma alemán eran idóneos, así para persuadir á los naturales como para intimidarlos y para aquietarlos con la promesa de tratarlos bien. El general Lauristón debía subir hasta Mariazell y regresar á Viena por la vía de Neustadt.

Otra de las ventajas de este movimiento era que servía para explorar los caminos de Italia, por donde era regular que asomase en breve el archiduque Juan. No habiendo ido este príncipe á reunirse con el archiduque Carlos á Lintz ni á Krems, sólo podía incorporarse con él en las cercanías de Viena, atravesando la Carintia, la

Estiria y la Hungría, por Klagenfurth, Gratz y Oldemburgo. Dos cosas podía hacer Napoleón con respecto á él: era la primera estorbar que cayese de improviso sobre Viena, desembocando repentinamente por el camino de Leoben y Neustadt; era la segunda obligarle á describir el mayor rodeo posible para reunirse con el archiduque Carlos, y precisarle á pasar, por ejemplo, por Güns, Raab y Komorn, más bien que por Oldemburgo y Presburgo, porque cuanto mayor fuera el círculo que recorriese, más probabilidades tendría Napoleón de que se le incorporase su ejército de Italia, y de que no pudiera el archiduque Carlos reunirse al suyo el día de la batalla decisiva. Consiguió Napoleón este doble objeto, extendiendo hábilmente sus apostaderos en derredor suyo por medio de su numerosa caballería.

Así, mientras el general Lauristón debía ir por Mariazell á establecerse en Neustadt, camino directo de Italia, el general Montrún, que dejaba de servir á las órdenes de Davout por no ser ya necesario, fué puesto de exploración con dos brigadas de caballería ligera en Bruck, unas cuantas marchas más allá de Neustadt en el mismo camino. El general Colbert, con tropas de la misma arma, quedó acantonado entre Neustadt y Oldemburgo; el general Marulaz en la dirección del Danubio hasta Presburgo y más abajo, con orden ambos de hacer continuos reconocimientos en torno del lago de Neusiedel para saber lo que pasaba por la parte de Hungría. Detrás quedó la caballería pesada acantonada entre Oldemburgo y Baaden, con orden de sostenerlos en caso necesario. Con esta red, tan perfectamente tendida, no podía asomar por parte ninguna el enemigo sin que fuese inmediatamente descubierto, y al mismo tiempo el archiduque Juan se veía precisado á describir un inmenso círculo y á tocar en el Danubio más bien en Komorn que en Presburgo, con lo que disminuían sus probabilidades de tomar parte en la gran batalla preparada bajo los muros de Viena.

Mientras Napoleón, ansioso de pelear, lo disponía todo para asegurarse la victoria, los ejércitos que en Italia y Polonia tenían que coadyuvar á sus planes á más ó menos distancia, estaban lo mismo que él ocupados en avanzar y en batirse. Los austriacos, que con tanta presunción, aunque con tanta lentitud, llegaron hasta el Adige, se habían detenido en aquel límite, sin atreverse á dar un paso más, en primer lugar por la resistencia que ofrecía, y además por causa del ejército de Italia que se había reorganizado y reforzado, y por la incertidumbre que á la sazón reinaba acerca de los acontecimientos de Alemania. Era natural que antes de arriesgarse al otro lado del Adige á una operación sumamente azarosa, quisiese el archiduque Juan saber si su hermano el generalísimo había tenido buena ó mala suerte en el Danubio. El príncipe Eugenio, aconsejado por el general Macdonald, había sacado partido de aquella detención para descansar y para acostumbrarse, tanto él como sus lugartenientes, dado que sus soldados no lo habían menester, á ver al enemigo y á perder el miedo de la derrota de Sacila. Había hecho con este objeto en el Adige superior frecuentes reconocimientos á veces terminados en reencuentros formales, y merced á ellos comenzaba ya el príncipe á cobrar ánimos, cuando el día 1.º de mayo, en uno de esos reconocimientos, divisó el general Macdonald en el horizonte

gran número de carros que en la apariencia retrocedían hacia el Friul. Nada se sabía aún entonces en el cuartel del príncipe Eugenio de los sucesos de Ratisbona, y tanto la Alemania como la Italia inspiraban serios temores. Pero no pudiendo el general Macdonald atribuir semejante movimiento sino á derrotas sufridas por los austriacos en Baviera, espoleó el caballo, llegó á escape adonde estaba el príncipe Eugenio, y asiéndole la mano: «¡Victoria en Alemania, le dijo, este es el momento de avanzar!» Lleno de gozo el príncipe se le estrechó á su vez; corrieron ambos á las avanzadas, re-



El general Lauristón

conocieron por sus propios ojos y supieron en breve por todos los informes que los austriacos iban en retirada. Tal efecto producía, aun de lejos, el poderoso impulso de Napoleón. Su marcha victoriosa en Baviera obligaba al archiduque Juan á retroceder y á volver al Friul. Bien hubiera querido el príncipe austriaco atravesar los Alpes para socórrer á sus hermanos, restituyéndose al Danubio; pero no se atrevió á acometer tan temeraria empresa (1), porque si verdaderamente podía

(1) El general Máyer, oficial agregado al estado mayor del archiduque Juan, y como es razón más afecto á su gloria que á la del archiduque Carlos, ha supuesto en una memoria de que hemos ya hablado, que el archiduque Juan quiso pasar los Alpes y entrarse en Baviera, pero se lo estorbó la precipitación con que el general Chasteler abandonó el Tirol italiano. Según esta relación, por apresurarse demasiado el general Chasteler á acudir al Tirol alemán para contener en él á los bávaros, abandonó al ejército francés de Italia el camino de los Alpes é hizo imposible el movimiento del archiduque Juan hacia el archiduque Carlos. Debo decir que este aserto no está justificado; que nace meramente del buen celo propio de un lugarteniente que desea la gloria de su jefe, y que todo por el contrario induce á creer que el archiduque



caer sobre el flanco de Napoleón, lo cual hubiera sido muy ventajoso en caso de que todos los archiduques se hubiesen dirigido hacia el mismo punto, también se exponía á caer aislado en sus manos y á perecer sin auxilio. En semejante situación, apresuróse el archiduque Juan á retrogradar, con intención todo lo más de presentarse á tiempo bajo los muros de Viena, y aún más probablemente con la de reunirse á su hermano más abajo de la capital por la Estiria y la Hungría. De todas maneras, el ejército austriaco iba en retirada desde el 1.º de mayo, y el príncipe Eugenio, que no tenía más que hacer que irle al alcance, emprendió inmediatamente la persecución para causarle todo el daño posible. Iban los austriacos en este mero hecho á perder tanta fuerza moral como ganaban los franceses: su único objeto era ya en último resultado evacuar el territorio, y por lo tanto poca energía podían desplegar en disputarlo, al paso que los franceses tenían descalabros que vengar y debían por lo tanto acometer con más pujanza y brío. En efecto, desde las primeras marchas se notó la animación de éstos y descaecimiento de aquéllos, y no pasaba noche que no fueran conducidos á los cuarteles franceses numerosos prisioneros y cuantiosos bagajes, mientras que ningún despojo lograban los austriacos.

Conservando el príncipe Eugenio la organización que dejamos descrita de tres cuerpos y una reserva, avanzó llevando á Macdonald á la derecha por la llanura, á Grenier en el centro por la carretera de Friul, á Baraguey-d'Hilliers á la izquierda por las montañas, y la reserva á retaguardia, formando entre todos unos setenta mil combatientes. Los dragones de Grouchy y de Pully galopaban á la cabeza para sorprender á los destacamentos y á los convoyes mal custodiados. Los caminos se hallaban todavía en mal estado, los puentes destruidos, y la marcha era por lo tanto menos rápida de lo que se quería.

Avanzaron estas fuerzas por el recuesto meridional de los Alpes, del Adige al Brenta, y de aquí al Piave, como Napoleón por el recuesto septentrional, del Isar al Inn y del Inn al Traun, y con corta diferencia al mismo tiempo.

El 7 de mayo por la tarde llegaron á la orilla del Piave, cuyos puentes todos había ocupado el enemigo, y resolvieron vadearlo y precipitarse sobre los austriacos, que en la apariencia estaban descansando para dar tiempo de desfilar á sus bagajes. Al día siguiente los dragones de Grouchy y de Pully pasaron con una vanguardia de infantería y cayeron sobre los austriacos: fueron éstos al principio repelidos; pero como tenían bagajes que defender resolvieron mantenerse firmes y cerraron en masa con la vanguardia del príncipe Eugenio, el cual, hallándose en las avanzadas, vió en breve con espanto su caballería y su infantería desordenadamente repelidas al Piave. No había aún atravesado el río el ejército y las tropas nuestras que habían pasado primero podían sufrir un grave descalabro. Felizmente llegó á tiempo la derecha, capitaneada por Macdonald, y metiéndose impetuosamente en el río salió á tomar

Juan, al saber los sucesos de Ratisbona, sólo trató de retirarse á Hungría para no verse atajado por el movimiento de Napoleón sobre Viena. (N. del A.)

posición al otro lado. Sobrevino luego el general Grenier, y todos juntos avanzaron contra los austriacos, que fueron al punto repelidos y dejaron en nuestro poder muchos cañones, bagajes, dos mil quinientos hombres entre muertos y heridos, y además casi otros tantos prisioneros. Dos mil habían hecho ya entre el Adige y el Piave; de manera que el archiduque Juan perdió en pocos días cerca de siete mil soldados.

Entraron las tropas del príncipe Eugenio el 9 de mayo en Conegliano; el 10 llegaron á vista del Tagliamento, que pasaron por el valle de Valvasone. Envióse la caballería por la derecha hacia Udino para librar del bloqueo á Palmanova, y el grueso del ejército marchó por la izquierda, por el Tagliamento arriba, hacia San Daniele y Osopo. Llegado que hubieron los austriacos á las gargantas de los Alpes Cárnicos, por donde habían desembocado, viéronse precisados á disputarnos de nuevo el campo para librar sus bagajes, y volvieron á perder otros mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Cuando Napoleón ocupó á Viena, en los días 11 y 12 de mayo, ya no quedaban enemigos en Italia. El archiduque Juan que había penetrado en aquella región con cerca de cuarenta y ocho mil hombres, salió de ella con treinta mil á lo sumo. La confianza que abrigó en un principio, le había abandonado para pasar al corazón de su joven adversario.

Repelido el príncipe austriaco allende los Alpes, hizo una nueva repartición de sus fuerzas. Destacó de Villach sobre Laybach, por el camino transversal que conduce de Carintia á la Carniola, al ban de Croacia, Ignacio Giulay, con unos cuantos batallones de línea, diez y ocho escuadrones y varias baterías, con encargo de organizar la insurrección de Croacia, de apoyar después al general Stoichevich, que era el que hacía rostro al general Marmont, y de defender de este modo á Laybach contra los ejércitos franceses de Italia y Dalmacia. Destacadas estas fuerzas, sólo le quedaban al archiduque Juan unos veinte mil hombres. Su resolución era, ó bien dirigirse por Villach sobre Lilienfeld y Saint-Polten, para cooperar á la anexión de los archiduques tantas veces proyectada, ó bien, si para esto no había lugar, allegarse los generales Chasteler y Jellachich por Leoben, dirigirse con ellos de Leoben á Gratz para reunirse en Hungría con el grande ejército austriaco, y cooperar á la defensa de la monarquía con arreglo al plan que acordase de consuno con el generalísimo. Pero le perseguía sin descanso el príncipe Eugenio victorioso é iba á caer en la red que con su caballería le había tendido Napoleón entre Bruck y Presburgo.

La marcha del archiduque Juan decidía en cierto modo de la marcha del príncipe Eugenio. Tenía éste que vigilar forzosamente los movimientos del archiduque Juan y los del ban de Croacia para que el primero se uniese lo más tarde posible y con fuerzas escasas al archiduque Carlos, y para que el segundo no impidiese la reunión del general Marmont con el ejército francés de Italia. Difícil era ocurrir á todo lo que semejante situación exigía si seguía marchando en una sola masa, porque por muy bien y velozmente que se maniobrara, podía suceder que dirigiéndose inmediatamente sobre Viena para reforzar á Napoleón, el archiduque Juan y Giulay reunidos derrotasen al general Marmont; y que

si por el contrario se hacía un rodeo hacia Laybach para apoyar al general Marmont, el archiduque Juan, dueño de acudir á Presburgo, fuese á poner en la balanza el peso decisivo del ejército austriaco de Italia. En esta duda, el príncipe Eugenio tomó un partido medio muy adecuado á las circunstancias: dió al general Macdonald de quince á diez y seis mil hombres de excelentes tropas para que fuese la vuelta de Laybach, levantase el bloqueo de Palmanova, ocupase á Trieste, se reuniese al general Marmont, juntase con éste de ventiséis á veintisiete mil hombres, y con estas respetables fuerzas se incorporase por Gratz con el ejército de Italia en el camino de Viena; él por su parte se reservó de treinta á treinta y dos mil combatientes, y tomó la vía que debía conducirle más directamente á Napoleón. Ofrecía no obstante este plan algunos inconvenientes, porque si el archiduque Juan hubiese sido un verdadero general, maniobrando entre esos diversos cuerpos habría podido batirlos unos tras otros; pero este príncipe, de imaginación ardiente, concebía en la guerra una multitud de ideas y no era capaz de seguir ninguna con resolución. Además tenía tropas ya demoralizadas y poco á propósito para maniobras rápidas, de esas que suponen en los soldados tanta confianza en su general como deferencia á sus designios. Así, pues, el plan del príncipe Eugenio no presentaba ante aquel enemigo los mismos inconvenientes que hubiera podido tener con otro adversario. Las dos porciones del ejército de Italia se separaron el 14 de mayo para no volver á ver hasta los llanos de Wagram.

Atravesaba á la sazón el general Marmont con diez ú once mil hombres de tropas escogidas, enviadas á la Iliria después de la batalla de Austerlitz, el país montuoso de la Croacia, para trasladarse por la Carniola á la Estiria é incorporarse con el grande ejército de Alemania. Iba entre sus columnas un convoy de víveres en caballos del país, destinados á llevar sus enfermos y heridos cuando hubiese consumido el ejército los granos que conducían. Después de haber dispersado las partidas del general Stoichevich, iba prudentemente avanzando como al acaso por no saber qué clase de encuentro le estaba reservado entre los ejércitos franceses y austriacos, que podían presentársele de improviso, ya como amigos, ya como enemigos, y con fuerzas muy superiores á las suyas. Conducíase en esta peligrosa marcha con sagacidad y firmeza, procurando tener noticias del general Macdonald, que por su parte también trataba de proporcionárselas suyas, sin que uno ni otro las lograsen.

Los acontecimientos ocurridos en Italia produjeron otros semejantes en el Tirol. El general Chasteler, atraído del Tirol italiano al Tirol alemán por el peligro que corrían los austriacos en el Danubio, había acudido á Innsbruck y de aquí á Kufstein. Había hecho adelantar algunas avanzadas camino de Salzburgo por Lofen y Reichenthal: otro cuerpo austriaco mandado por Jellachich, que al principio de la campaña vimos marchar paralelamente al cuerpo de Hiller, siguió al retirarse, lo mismo que al avanzar, el camino que faldea las montañas. Replegóse sobre Salzburgo y de Salzburgo á Leoben, después de haber defendido contra la división de Wrede los puntos de Luegpass y de Obtenau. Las tropas reunidas de Jellachich y de Chasteler ascendían

de diez y seis á diez y siete mil hombres sin contar los tiroleses, y bien mandadas y resueltas á encerrarse en las montañas, hubieran podido suscitarlos por la derecha y la espalda una enojosa diversión.

Pero la única instrucción que se les había dado era que se reuniesen con las masas de operaciones: además estaban divididas en diversos cuerpos independientes entre sí, no estaban en buena inteligencia con los tiroleses, y por lo tanto no podían hacerse muy formidables. El mariscal Lefebvre, después de haber rechazado al valle de Ens superior el cuerpo de Jellachich, oponiéndole la división de Wrede, se allegó esta división, marchó con ella al fuerte Kufstein que estaba perfectamente defendido por una guarnición bávara, le libró del bloqueo, y haciendo á la división de Deroz subir de Rosenheim á Kufstein, metióse con las dos divisiones en el Tirol alemán, que tenía encargo de sujetar. Poco capaz este antiguo oficial para conducir operaciones en grande, era excelente para empeñar con vigor é inteligencia una serie de combates parciales. Repelió en todas partes las avanzadas austriacas, y por fin el 13 de mayo tuvo un reencuentro con el general Chasteler en el Wörgel. Habíase atrincherado éste en unas alturas, con las tropas austriacas al amparo de sus fortificaciones, y á considerable distancia, sobre ambas alas, los tiroleses insurrectos, muy expertos en el manejo del fusil y formidables además por los enormes peñascos que desprendían. Después de haber intentado el viejo Lefebvre sostener en ambas alas un combate de tiradores desventajoso para los suyos, acometió de frente al enemigo, se enseñoreó bajo un fuego terrible de las posiciones de Chasteler, le hizo cerca de tres mil prisioneros, dispersó el enjambre de los insurrectos y puso á los austriacos en la más completa derrota. Incendiando después varios pueblos tiroleses al paso, se encaminó á Innsbruck, que ofreció entregársele con ciertas condiciones: consiguió entrar en la ciudad sin pacto alguno, favorecido por los mismos tiroleses que andaban desavenidos sobre si opondrían ó no resistencia; y ya dueño de Innsbruck, podía creerse seguro de la sumisión del Tirol; pero el hostelero Hófer y el mayor Téimer se retiraron á las cimas inaccesibles que separan el Tirol alemán del italiano, en actitud de abandonarlas en cuanto se presentase una buena coyuntura. El general Chasteler por su parte, con fuerzas ya muy cercenadas, y el general Jellachich con las suyas muy reducidas también, emprendieron su marcha furtivamente hacia Hungría, cortando en dirección transversal el camino que conduce del Friul á Viena, expuestos á encontrarse en aquel peligroso trance con la cabeza ó la cola del ejército del príncipe Eugenio.

Así, después del primer revés sufrido en Italia y de una viva agitación en el Tirol, salió todo á gusto del conquistador, cuya fortuna, momentáneamente abatida, se restablecía por el poder de su genio. También había mejorado mucho la situación en Polonia, donde el príncipe José de Poniatowski acababa de observar una conducta tan hábil como afortunada. En efecto, después de entregar con la capital la orilla izquierda del Vístula á los austriacos, se había propuesto hacerles pagar cara esa desventaja así que quisieran pasar á la orilla derecha, cuya posesión se reservó; y habiendo justamente intentado varios cuerpos enemigos pasar el